

Maria Luiza Tucci Carneiro

DIEZ MITOS SOBRE LOS JUDÍOS



Cátedra

Maria Luiza Tucci Carneiro

Diez mitos sobre los judíos

Traducción de Carol Colffield

Índice

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

INTRODUCCIÓN

FUENTES PROMOTORAS DEL MITO

La multiplicación de la mentira

La construcción del peligro judío

La renovación de los mitos por las nuevas tecnologías

DIEZ MITOS SOBRE LOS JUDÍOS

MITO 1: Los judíos mataron a Cristo

MITO 2: Los judíos son una entidad secreta

MITO 3: Los judíos controlan la economía mundial

MITO 4: No existen judíos pobres

MITO 5: Los judíos son avaros

MITO 6: Los judíos no tienen patria

MITO 7: Los judíos son racistas

MITO 8: Los judíos son parásitos

MITO 9: Los judíos controlan los medios

MITO 10: Los judíos manipulan a los Estados Unidos

REPRESENTACIÓN DEL MITO

FUENTES

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE LA AUTORA

CRÉDITOS

Los mitos están hechos para que la
imaginación los anime.

ALBERT CAMUS

Prefacio a la edición española

El libro que el lector tiene entre las manos es una pequeña joya. Uno de esos ensayos imprescindibles para comprender cuestiones complejas, en este caso el antisemitismo y el antijudaísmo, de forma accesible y sencilla, sin por ello incurrir en la banalidad ni caer en la simplificación abusiva. La primera definición del buen ensayismo es precisamente esa: hacer fácil lo difícil. En este caso, tornar en comprensible lo que, en apariencia, sigue siendo aún hoy incomprendible para muchos: la pervivencia a lo largo de los siglos, con distintas manifestaciones, del antisemitismo; y el protagonismo que un pequeño pueblo disperso por el mundo ha cobrado como principal chivo expiatorio de las angustias, frustraciones y temores de amplios segmentos sociales. Lo que ocurrió en la Europa de la Baja Edad Media, en la sociedad alemana o polaca del período de entreguerras, o en las sociedades urbanas de inmigración americanas, desde Toronto y Nueva York a São Paulo y Buenos Aires.

No podía ser de otro modo, pues a la autora, la profesora Maria Luiza Tucci Carneiro, la avalan sólidas credenciales, como experta en la historia del antisemitismo, de la *Shoah* y de las actitudes hacia los inmigrantes y refugiados judíos en su país, Brasil, empezando por la época colonial y culminando en el período que sigue a la Segunda Guerra Mundial. Al tema ha dedicado varios estudios, y sobre cuestiones relativas al racismo, la discriminación y la xenofobia dirige un centro de investigación interdisciplinar en la Universidad de São Paulo, LEER, cuya trayectoria jalonan varios congresos internacionales y publicaciones colectivas. Se trata de una perspectiva fresca y renovadora, forjada en un

contexto social donde la presencia del antisemitismo ha adquirido históricamente tintes diferenciales, y los prejuicios étnicos contra los inmigrantes judíos se superpusieron al antisemitismo de nuevo cariz importado por pensadores integralistas, por fascistas europeos o por imitadores de esos fascistas. Del judío inmigrante de la Europa oriental, protagonista de narraciones y obras de teatro donde se caricaturizaba a muchos recién llegados, se pasó a la importación de *Los Protocolos de Sion*, al antisemitismo biológico-genético de los nazis, y a la acogida de nuevos inmigrantes judíos, esta vez refugiados que huían de la Europa en llamas, y supervivientes que habían presenciado el exterminio de sus familiares, vecinos y amigos.

Quizás por ello la mirada de Maria Luiza Tucci Carneiro es analítica y penetrante, y se interroga por lo sustancial, por las imágenes básicas que conforman el *continuum*, la matriz discursiva e iconográfica que es común al antijudaísmo (de raíz católica) y al antisemitismo (de carácter ideológico, biológico y/o cultural). Los mitos acerca de los judíos, que conforman la materia prima de los chistes que aún se cuentan, desgraciadamente, en varios países, pero también las generalizaciones pseudocientíficas de un Adolf Hitler en *Mi lucha*.

La autora desglosa y deconstruye diez lugares comunes. Diez acusaciones omnipresentes que se configuraron para muchos antisemitas en axiomas, y que por ello se tornaron mitos. Los judíos como asesinos de Cristo, desde la publicística medieval cristiana hasta películas recientes. Los judíos como secta conspirativa y secreta a través de los siglos, «trajinando» constantemente —esa frase, referida a israelíes en La Habana, se la oí a una persona supuestamente culta no hace mucho, y me hizo reflexionar sobre la capacidad de impregnación de esas imágenes— y asociados fácilmente por ello a otras sociedades secretas, como la masonería. Los judíos como origen último de la oligarquía financiera, patronos capitalistas y, en consecuencia, dueños del

mundo y responsables últimos de cualquier crisis económica. En conclusión, no pueden existir judíos pobres, argumento caro a quienes perpetraban pogromos y expulsaban a los judíos de Europa oriental. Son avaros y mezquinos, *topos* omnipresente en la literatura, las artes escénicas y visuales. Son apátridas desde su expulsión de Judea, y como errantes no solo traicionan al país en que se asientan, aunque lleven en él generaciones, hablen su idioma y hayan dado su sangre por él, sino que también se oponen a cualquier forma de patriotismo. Si los judíos han preservado su tradición, religión y cultura a través de los siglos, sin ser patriotas, solo puede ser por una razón: por ser racistas y despreciar a los gentiles. Son parásitos del cuerpo social, al no considerarse parte de él: chupan su sangre y preparan el salto a otro cuerpo cuando aquel esté exánime, por lo que como parásitos hay que perseguirlos. También procuran engañar a las sociedades que parasitan, para lo que es fundamental el control de su mente, mediante el dominio de la prensa y la imprenta o, en el siglo XXI, de los medios digitales. Y, en fin, gracias a sus artimañas, los judíos son capaces de controlar el país más poderoso del mundo, una potencia joven donde hallaron campo abonado para su multiplicación: los Estados Unidos.

Con ello, la autora cierra de manera magistral el círculo y, de paso, también halla una explicación a una aparente paradoja: la gran versatilidad ideológica de los mitos antijudíos, y en particular su capacidad para impregnar muy distintas cosmovisiones e ideologías políticas, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, al ser capaz de combinarse con otras *Feindbilder*, otras representaciones del Otro. Pues, añadiríamos nosotros, si la imagen del judío como manipulador de la industria y la política estadounidenses, en un sentido favorable a Israel, es propia de una parte de la izquierda de posguerra, previamente lo había sido la imagen del judío como origen y promotor de la revolución soviética, y aun del liberalismo.

El análisis de Maria Luiza Tucci Carneiro es certero, ágil y plástico. Y no es menor acierto el apropiado acompañamiento de imágenes, desde representaciones pictóricas a caricaturas. Su bibliografía es concisa pero pertinente, transnacional e interdisciplinar. Ofrece abundantes sugerencias sobre la traducción de esos mitos y su difusión en Brasil, pero no por ello es un ensayo sobre la historia del antisemitismo en este país. Es una perspectiva global sobre la matriz cultural, discursiva e iconográfica, del antisemitismo realizada desde Brasil. Buena muestra de que la patria de los historiadores solo puede ser, a fin de cuentas, la buena historia. Y si está contada con agilidad y donaire, miel sobre hojuelas.

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS
Múnich, junio de 2016

Introducción

Diez mitos sobre los judíos invita a los lectores a un viaje de exploración al imaginario colectivo y a la reflexión sobre una realidad marcada por el racismo. Este libro —que guarda algunos de los principales mitos sobre los judíos— está organizado en forma de *breviario*, o sea, es un compendio de textos cortos que pueden leerse en dosis homeopáticas. Aunque estén numerados, no siguen un orden obligatorio porque así son los mitos: cada cual tiene vida propia, imbricándose, sobreponiéndose en partes al igual que escamas o tejas, y uniéndose por un enraizamiento profundo proveniente del sustrato construido de generación en generación. Porque parecen ciertos, tienen como atributo la verosimilitud con una realidad portadora de una apariencia o de una probabilidad de verdad. De ahí el elevado nivel de convencimiento de un mito que, al ser alimentado por la cultura popular y erudita, engaña.

Creo que es un libro provocador, porque reconstituye grandes mentiras con las que convivimos diariamente, muchas veces sin saber nada sobre sus orígenes y propósitos. De ahí viene la pregunta: ¿por qué y cómo sobreviven los mitos? En primer lugar, creo que es importante aclarar el sentido de *mito* empleado en este breviario: no trataremos aquí de mitos cuyas narrativas buscan explicar fenómenos de la naturaleza, los orígenes del hombre o del mundo, ni nos valdremos de figuras imaginarias de dioses, semidioses y héroes, a ejemplo de las mitologías de las antiguas civilizaciones griega o romana. Tampoco trataremos de mitos folclóricos, mitos de origen y distinción, mitos fundadores o mitos religiosos. Nuestro objeto, en este momento, es el *mito político* sobre los judíos, su circulación y repercusión

en las sociedades contemporáneas y, en especial, aquellos que persisten instigando al odio hacia los judíos. En el futuro, cabe reconstituir también, en otro breviario, los mitos sobre los negros, los gitanos, los indígenas, etc.

El historiador Raoul Girardet dice que los mitos políticos son «como el sueño que se organiza en una dinámica de imágenes [...] que se encadenan, nacen una de la otra, se llaman, se hablan y se confunden; mediante un juego complejo de asociaciones visuales». En síntesis: sus contornos son imprecisos, «se imbrican, se penetran y muchas veces se pierden unos en otros», como si estuviesen atados por una red sutil y poderosa de ligaduras de complementariedad que «no cesa de mantener entre ellos pasadizos, transiciones, transferencias»¹.

Un mito político no es simplemente un fenómeno social o una idea. Es mucho más: es la *representación* que se hace de determinados fenómenos, personas o ideas, generando una mentira que será usada como verdad. El mito es elaborado, o sea, modelado con el objetivo de «hacer creer»; es construido para engañar a un determinado grupo que cree en lo que oye o piensa que ve. El mito miente y logra mantenerse a través de la repetición y de la constante reelaboración de su narrativa, siempre seductora, exagerada en sus detalles. Así, para intentar entender los mitos que rigen al antisemitismo secular y siempre actual, analizaremos diez narrativas que cuentan diferentes historias sobre los judíos y que, en su conjunto, le dan cuerpo y sustancia al mito. Porque persiste desde hace siglos, el mito también es historia, pues se ha construido un seudosaber para legitimar la versión de aquellos que, por algún interés, insisten en la idea de que los judíos son una raza o grupo indeseable. Dichas «marcas» colaboran en componer una imagen deformada del pueblo judío en su totalidad, delineado a través de figuras antiestéticas, diabólicas, aterradoras y antisociales. El sentido común ignora la existencia de una comunidad judía integrada en la sociedad, multicultural y

empresaria en la economía (comercio, industria etc.), como también en la medicina, la literatura, la filosofía y las artes, por nombrar tan solo algunos ejemplos.

Un conjunto de elementos simbólicos y míticos son accionados diariamente a través de los medios de comunicación y de la tradición oral, manteniendo viva la mentira que, cada vez más, gana proyección en los escenarios del mundo globalizado. Persiste desde hace siglos el «oír decir» que colabora en desencadenar una sucesión de falsas imágenes que, en su conjunto, exploran los fundamentos inconscientes de las creencias colectivas.

Por lo general, el mito —que es polimorfo, dinámico, invisible y polifacético— se adapta a los terrenos fértiles excavados por la ignorancia y conquista nuevos adeptos que, en el futuro, lo promoverán. Es común, como se puede constatar a través de los documentos dejados por el mito, que la narrativa se combina con las tradiciones regionales que ofrecen elementos inspirados en la realidad, favoreciendo la creencia en la mentira. Tal constatación demuestra que hay una persistencia de las prácticas totalitarias que, en las décadas de 1930 y 1940, inspiraron la construcción de los «demonios» y las conspiraciones mundiales que, ciertamente, contribuyeron a acelerar muchos de los planes genocidas articulados por la Alemania nazi. Los «demonios hitlerianos» sobreviven bajo múltiples facetas, determinados por representaciones que los mantienen a la orden del día².

Al considerar el mito político como uno de los responsables de la radicalización del pensamiento racista en varios países del mundo, conviene analizar el proceso de construcción de ese discurso que instiga al odio hacia los judíos y hacia Israel. Con vistas a la dinámica de los mitos políticos, buscaremos explicar su *génesis*, *transformación* y *proliferación*, generalmente comandadas por voces distintas. Voces que están presentes en nuestra vida cotidiana, difíciles de identificar por tratarse de una de las capacidades del

mito: la de metamorfosearse como un virus, sin diagnóstico posible. Nos cabe denunciarlo, buscando las líneas de convergencia que nos llevan a los productores, sujetos activos de la violencia y del odio hacia el Otro. Muchas veces, los mitos circulan como una cultura de periferia, y se los interpreta como ingenuos, desprovistos de intención de matar. Sin embargo, al evaluarlos en su conjunto, pueden traer graves consecuencias para el ser humano, como ocurrió durante la era nazi.

Para este breviario, optamos por analizar tan solo diez mitos contra los judíos. Existen muchos otros, algunos seculares, y no solo sobre los judíos. En este grupo de parias sociales incluimos a: los gitanos, los negros, los indígenas y los homosexuales, entre otros. De ahí la preocupación por investigar las raíces de los mitos que persisten bajo el sesgo de la modernidad y de la memoria colectiva. Al detectar los diez principales mitos que circulan sobre los judíos en el mundo contemporáneo, también estaremos cuestionando cómo y por qué se procesan tales cambios mentales alimentados por la mentira y/o la deformación de los hechos.

Por sus raíces históricas, el antisemitismo es fruto del mito que, por excelencia, tiene la capacidad de desfigurar la realidad y de metamorfosearse, aprovechándose de momentos de crisis agudas durante las cuales los valores tienen que ser (re)ordenados. Al analizar el foco que promueve ese fenómeno social y político, se pueden identificar las diferentes formas del mito que coexisten en la sociedad, variando en sus fundamentos e intensidades. La mentira, la exageración, la generalización y la deformación de los hechos históricos emergen con la intención de incitar al odio hacia los judíos. De ahí la circulación de múltiples «versiones» imbricadas que se vuelven cada vez más latentes y aguzadas por la crisis en Oriente Medio, y por la reafirmación política de los grupos de extrema derecha y de los grupos terroristas, defensores de programas de exclusión y

destrucción de Israel y del pueblo judío mediante la violencia, sea física o simbólica.

Considerando que el mito sostiene al antisemitismo histórico, subrayo que su narrativa es siempre acusadora, impregnada de estigmas. Con cada versión de la mentira, se refuerza a lo largo del tiempo el proceso de construcción del mito mediante un conjunto de otras narrativas, cuya dinámica abarca al mito del hereje, del judío errante, de la «raza» pura, del pueblo «bárbaro, falso e hipócrita», del pueblo invasor, por invocar solo algunos ejemplos. Entre los mitos más comunes que refuerzan las versiones antisemitas tenemos: los judíos «dominan la economía mundial», «actúan como una sociedad secreta», «mataron a Jesucristo», «no existen judíos pobres», «controlan los medios», «son racistas», «se creen superiores», «son avaros», «no quieren integrarse en las sociedades en donde viven», «son un pueblo sin tierra y sin patria» y «manipulan a los Estados Unidos», por mencionar los más comunes.

[1](#) Raoul Girardet, *Mythes et mythologies politiques*, París, Seuil, 1990.

[2](#) Sobre este tema cito los importantes estudios de Léon Poliakov, entre ellos: *La causalité diabolique: essai sur l'origine des persécutions*, París, Calmann-Lévy, 1994; *Le mythe aryen: essai sur les sources du racisme et les nationalismes*, París, Calmann-Lévy, 1994.

Fuentes promotoras del mito

Las narrativas de los mitos sobre los judíos tienen en común el tono acusador, persistiendo siempre la idea de que los judíos son culpables y/o responsables de un delito, con o sin violencia. En síntesis: en momentos de crisis, cuando los valores son (re)ordenados, los judíos surgen como «chivo emisario», el enemigo-objetivo, imagen que sigue siendo alimentada en cuanto se restablece la normalidad.

Son descalificados por su cultura, agredidos física o simbólicamente a través de eslóganes propios del discurso antisemita. A lo largo de la historia nos damos cuenta de que varias otras minorías o grupos marginados también fueron usados como «chivo emisario» de algún infortunio o fracaso: así, los judíos no son los únicos. Basta mirar con algo más de atención los mitos que circulan sobre los afrodescendientes y los gitanos.

Es evidente —a lo largo de la historia, desde la antigüedad hasta nuestros días— que alguien debe responder por los «males que afligen a la nación», expresión utilizada, por ejemplo, durante la proliferación de la peste negra, pandemia mundial que mató a millones de personas en Europa en la Baja Edad Media (siglo XIV). La misma expresión la usaron también la Inquisición ibérica para acusar a los cristianos nuevos, y la propaganda antisemita idealizada por la Alemania nazi, que responsabilizaba a los judíos de la tragedia que afligía al pueblo alemán desde el fin de la Primera Guerra Mundial.

El concepto de chivo emisario, sin embargo, es más antiguo de lo que nos imaginamos. Tiene sus raíces en la propia tradición judía, en el llamado *Día de la Expiación*, citado en el libro bíblico de Levítico 16:5-28. En ese evento,

los hebreos organizaban una serie de rituales para purificar a su nación usando dos chivos que, por sorteo, tendrían destinos distintos. Uno de ellos sería sacrificado junto a un toro y su sangre se usaría para marcar las paredes del templo; el otro —resguardado de la muerte ritual— recibía la misión de cargar los pecados del pueblo de Israel, que simbólicamente se pasaban a la cabeza del animal a través de las manos del sumo sacerdote. Enseguida, se abandonaba al chivo emisario o chivo expiatorio en el desierto, y este se llevaría consigo «todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y el hombre dejará ir al macho cabrío por el desierto» (Lv 16: 21-22).

Siguiendo la trayectoria de los mitos en las sociedades contemporáneas, vemos que sus productores se apropian de ciertos saberes (populares y/o eruditos) que, al adaptarlos a sus intereses, ofrecen múltiples resonancias. Quien discrimina asume una posición nuclear, enmascarando sus intereses, manipulando informaciones y actuando con agresividad. El público al que se destina generalmente desconoce los orígenes de las acusaciones y sus mentes están preparadas para creer en la mentira que es portadora de una apariencia o de una probabilidad de verdad.

Los mitos sobre los judíos emergen, simultáneamente, en varias partes del mundo, corroídos por prejuicios seculares que cargan en sus entrañas la hiel de la intolerancia. Para la escalada del odio, basta un paso. Muchas de esas mentiras mantienen versiones laicizadas, heredadas de supersticiones medievales, de la doctrina católica, del ideario nazi, del antisemitismo y del antiamericanismo. El antisemitismo se ha fortalecido con los conflictos en Oriente Medio que involucran al Estado de Israel y a los palestinos, presentándose también como propicio a las falsificaciones y tergiversaciones tanto del judaísmo como de la Historia del Pueblo Judío, favoreciendo la proliferación del antisemitismo. De ahí la importancia de la creación y definición de las